

La otra parte

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Die Andere Seite. Ein Phantastischer Roman*

En cubierta: © Alfred Kubin, *El último rey* (1902) / Alamy

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© De la traducción, Juan José del Solar

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 979-13-87688-82-0

Depósito legal: M-21.672-2025

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Alfred Kubin

LA OTRA PARTE

Una novela fantástica

Traducción del alemán
de Juan José del Solar

 Siruela

Libros del Tiempo

Índice

LA INVITACIÓN

Capítulo I. La visita	13
Capítulo II. El viaje	36

PERLA

Capítulo I. La llegada	53
Capítulo II. La creación de Patera	57
Capítulo III. La vida cotidiana	65
Capítulo IV. Bajo el hechizo	99
Capítulo V. El Suburbio	154

LA CAÍDA DEL REINO DE LOS SUEÑOS

Capítulo I. El adversario	167
Capítulo II. El mundo exterior	185
Capítulo III. El infierno	189
Capítulo IV. Visiones. La muerte de Patera	273
Capítulo V. Conclusión	285

EPÍLOGO	289
---------	-----

Plano de la ciudad de Perla	292-294
-----------------------------	---------



Alfred Kubin

A la memoria de mi padre

LA INVITACIÓN

CAPÍTULO I

La visita

I

Entre mis amistades juveniles figura un personaje extraño, cuya historia merece realmente ser salvada del olvido. He hecho lo posible por ofrecer una descripción verídica — como corresponde a un testigo ocular — de una parte, siquiera mínima, de los extraordinarios acontecimientos vinculados al nombre de Claus Patera.

Algo muy extraño me ocurrió al hacerlo. Mientras iba anotando meticulosamente mis vivencias, intercalé, sin darme cuenta, una serie de escenas que ningún ser humano pudo haberme narrado y que, además, me hubiera sido imposible presenciar personalmente. Ya se irán enterando de los extraños fenómenos que la proximidad de Patera era capaz de suscitar en la imaginación de todo un pueblo. A este influjo, pues, debo atribuir mi enigmática clarividencia. Ruego al lector deseoso de alguna explicación tenga a bien atenerse a las obras de nuestros ingeniosos psicólogos.

Conocí a Patera en Salzburgo hace sesenta años, cuando los dos ingresamos en el instituto de dicha ciudad. Él era entonces un mozuelo bastante pequeño, aunque ancho de espaldas, en el que a lo sumo podía llamar la atención el perfil clásico de la cabeza, cubierta de hermosos rizos. ¡Dios mío!, a la sazón no éramos más que dos críos ariscos y bullangueros, ¿qué podían importarnos las apariencias externas? Sin embargo, debo con-

fesar que aún hoy día, siendo ya un hombre entrado en años, permanecen vívidamente grabados en mi memoria sus ojazos inmensos y un tanto saltones, de color gris claro. Pero ¿quién iba a pensar entonces en lo que *vendría después*?

Tres años más tarde dejé aquel instituto por otro centro de enseñanza. El contacto con mis antiguos camaradas se hizo cada vez más esporádico hasta que, finalmente, abandoné Salzburgo y me establecí en otra ciudad, perdiendo de vista por espacio de largos años todo cuanto allí me había sido familiar.

El tiempo transcurrió y con él se esfumó mi juventud. Había acumulado una serie de experiencias hartamente halagüeñas, me hallaba ya en los treinta y estaba casado. Por entonces empezaba a abrirme paso por la vida como modesto dibujante e ilustrador.

II

De pronto — todo ocurrió en Múnich, donde a la sazón vivíamos —, una brumosa tarde de noviembre me fue anunciada la visita de un desconocido.

— ¡Que pase!

El visitante era — hasta donde pude distinguir en la penumbra — un hombre de aspecto anodino que se presentó precipitadamente:

— Franz Gautsch. Por favor, ¿podría hablar media hora con usted?

Dije que sí, le ofrecí una silla y ordené que trajeran luz y un poco de té.

— ¿En qué puedo serle útil?

Mi indiferencia inicial se fue transformando en curiosidad primero y luego en asombro cuando el desconocido empezó a contar a grandes rasgos lo que sigue:

— Vengo a hacerle varias propuestas. No le estoy hablando en mi nombre, sino en el de un hombre a quien usted tal vez haya

olvidado, pero que aún le recuerda perfectamente. Este hombre se halla en posesión de riquezas cuya cuantía supera todo lo que un europeo pueda imaginar. Me estoy refiriendo a Claus Patera, su excompañero de escuela. ¡Le ruego que no me interrumpa! Gracias a una extrañísima casualidad, Patera llegó a tener en sus manos acaso la fortuna más grande del mundo. Su viejo amigo se consagró entonces a la realización de un proyecto que, de algún modo, supone la existencia de recursos materiales prácticamente inagotables. ¡Había decidido fundar un *Reino de los Sueños!*... El asunto es complicado, pero trataré de ser breve.

»Como primera medida, adquirió un lugar adecuado de tres mil kilómetros cuadrados. Una tercera parte de esta zona está constituida por terrenos muy montañosos; el resto comprende una llanura y una región cubierta de colinas. Grandes bosques, un lago y un río dividen y animan este pequeño reino. Luego fundó una ciudad y, haciendo frente a una necesidad inmediata, se establecieron también aldeas y alquerías, pues la población inicial se elevaba ya a las doce mil almas. Hoy, el Reino de los Sueños cuenta con sesenta y cinco mil habitantes.

El extraño señor hizo una breve pausa y bebió un sorbo de té. Yo permanecí en completa calma y solo atiné a decir, bastante perplejo:

— ¡Prosiga!

Y me enteré de lo siguiente:

— Patera siente una profunda aversión contra todo lo que, en general, guarde relación con cualquier forma de progreso. Repito, *contra todo lo que guarde relación con cualquier forma de progreso*, especialmente en el campo científico. Le ruego que interprete mis palabras lo más literalmente posible, pues en ellas está resumido el propósito fundamental del Reino de los Sueños. Este se halla separado del mundo exterior por un muro de circunvalación y está protegido contra cualquier ataque por sólidos baluartes. Hay una sola puerta, que sirve de entrada y salida al mismo tiempo y permite un estricto

control sobre el movimiento de personas y mercancías. En el Reino de los Sueños, refugio para los descontentos con la cultura moderna, se ha previsto todo lo necesario para satisfacer cualquier tipo de necesidades corporales. Sin embargo, nada es más ajeno al Amo de aquel país que la idea de forjar una utopía o una especie de Estado del futuro. Si bien la penuria material ha sido, dicho sea de paso, erradicada de él, los nobles y elevados objetivos de aquella comunidad no apuntan en modo alguno a la conservación de los valores materiales de la masa de pobladores o del individuo aislado. ¡No, en absoluto!... Pero ya veo su sonrisa de incredulidad y, en efecto, le aseguro que me resulta casi imposible explicar en pocas palabras lo que Patera intenta hacer realmente con el Reino de los Sueños.

»En primer término, debo precisar que toda persona que encuentra acogida entre nosotros está, sea por nacimiento o por algún golpe de fortuna ulterior, predestinada para ello. Como es sabido, una extrema agudeza en los órganos sensoriales permite a sus poseedores captar ciertas relaciones del mundo individual que, salvo en momentos aislados, no existen para el hombre común. Y fíjese usted: son precisamente esas cosas que podemos llamar inexistentes las que constituyen la quintaesencia de nuestras aspiraciones. El insondable fundamento del universo es, en su sentido último y más profundo, algo en que los soñadores —que así se autodenominan— no dejan de pensar un solo instante. La vida normal y el mundo onírico son tal vez conceptos antitéticos, y es precisamente esta diferencia lo que hace tan difícil un acuerdo entre ambos. Ante la pregunta: ¿qué sucede realmente en el Reino de los Sueños?, ¿cómo vive allí la gente?, me vería obligado, sin más, a guardar silencio. Solo podría describirle su aspecto superficial y, sin embargo, la búsqueda de la profundidad es justamente uno de los rasgos esenciales de quienes viven en el País de los Sueños. Todo aspira allí a lograr la máxima espiritualización de la vida; las penas y alegrías de sus contemporáneos

son totalmente ajenas al mundo del soñador; y es natural que así sea, ya que él mismo actúa según una escala de valores totalmente diferente. Acaso el concepto que más se aproxime —al menos ilustrativamente— a la esencia de la cuestión sea el de *estado de ánimo*. Nuestra gente solo experimenta *estados de ánimo* o, mejor dicho, *solo vive por estados de ánimo*. Toda la apariencia exterior, que ellos configuran a su antojo y gracias a un sutilísimo esfuerzo mancomunado, no constituye más que la materia prima. Ciertamente que hemos tomado todas las medidas necesarias para evitar que esta se agote. Sin embargo, el soñador no cree en nada más que en el sueño, *en su sueño*, fomentado y desarrollado por nosotros; perturbarlo sería un delito de alta traición inimaginable. De ahí que las personas invitadas a convivir en nuestra república sean sometidas antes a un riguroso examen. Para decírselo en pocas palabras y acabar de una vez. —Y al llegar aquí, Gautsch dejó el cigarrillo y me miró tranquilamente a la cara—: *Claus Patera, Señor absoluto del Reino de los Sueños, me encarga transmitirle, en calidad de agente suyo, una invitación para trasladarse a su país.*

Mi visitante pronunció las últimas palabras en voz más alta y con un tono bastante formal. Luego, el buen hombre se calló y al principio yo también guardé silencio, cosa que cualquiera de mis lectores comprenderá. La sospecha de estar sentado frente a un loco se abrió paso en mí casi a la fuerza. Me resultaba sumamente difícil ocultar mi agitación. Haciendo como si jugara, aparté la lámpara fuera del radio de acción de mi visitante, y al mismo tiempo retiré con gran habilidad un compás y un cuchillo raspador, objetos puntiagudos y peligrosos.

A decir verdad, toda la situación era en extremo embarazosa. Cuando empezó lo de la historia del País de los Sueños, pensé que se trataba de una broma que algún conocido se tomaba la libertad de gastarme. Lamentablemente, este atisbo de esperanza fue disminuyendo de forma alarmante, y llevaba ya diez minutos sopesando desesperadamente mis posibilidades.